



ESCIPION EL AFRICANO.

(Artículo tercero).

ESCIPION había adquirido con justo motivo el sobrenombre de el Africano, y todo el regimiento, sin exceptuar la plana mayor, no le llamaba de otro modo. Enviado como explorador en persecucion de algunos árabes que se habian dejado ver en las alturas que dominan los llanos de Sidi-Ferruck, el regimiento de

Escipion se habia apoderado de la batería que habia hecho fuego, siguiendo los pasos del enemigo en direccion á Alger. Los soldados franceses estaban llenos de entusiasmo; pero algunos fusilazos tirados de una y otra parte indicaban únicamente la presencia de los árabes, quienes abandonaban el terreno casi en el mismo instante.

Escipion, que al parecer gozaba con aquel espectáculo nuevo para él, corría muy alegre al lado de Guitarrilla, quien velaba sobre él con la ternura de un padre y la inteligencia de un soldado que conoce los peligros de la guerra: con suma dificultad y regañándole conseguía el veterano que Escipion se quedase detrás de él. «Ah! exclamaba, ¿quieres que te maten, tunantuelo? ¿no has visto hace poco caer al sargento mayor Roucour con una bala en la cabeza? Si vas como ahora, te sucederá otro tanto.

— «Bah! respondia Escipion, el sargento mayor era alto, y como yo soy chico, las balas pasan por encima de mi cabeza.»

Despues, acechando á su padre, se aprovechaba del momento en que este se hallaba ocupado, para correr hácia adelante y cojer piedras que tiraba á los beduinos.

Al mismo tiempo que regañaba y aun juraba algunas veces, Guitarrilla se envanecía al ver á su hijo corriendo de aquel modo. «Ese picaruelo, decia, irá lejos, porque nada teme.» Lo hacia observar á sus oficiales, y lo citaba como ejemplo á sus soldados, diciéndoles: «¿os vais á quedar detrás del muchácho? eso tendría que ver; seguid al Africano, haced lo que él haga, y no sereis los últimos que entreis en Alger.» Luego, cuando el fuego de fusilería se hacia mas vivo, el soldado desaparecia, el padre lo reemplazaba, y Guitarrilla, cojiendo á Escipion por una oreja, lo colocaba detrás de él para cubrirle con su cuerpo.

Cuanto mas avanzaban, tanta mas resistencia encontraban, pues el terreno entre Sidi-Ferruck y Alger, era una cadena no interrumpida de barrancos y malezas, de los cuales sacaban los árabes gran partido para ostigar á sus enemigos. Ocultos en los bosques de aloes, mirtos y laureles, les mataban mucha gente. La vanguardia se dirigia hácia el fuerte del emperador, situado en una eminencia desde donde se descubre toda la ciudad de Alger, y los árabes aguardaban al enemigo delante de aquel fuerte que creian inespugnable, y contra el cual los soldados franceses, la mayor parte de los cuales nunca habia estado en campaña, marchaban con denuedo. Cada cual forjaba las historias mas maravillosas acerca de Alger, y los que habian leído las *Mil y una noches*, recordaban todos sus encantos y riquezas. Guitarrilla no era el último en meter su cuarto á espadas en aquellas conversaciones, y decia: «amigos, tengamos un poco

de paciencia, y veremos un pais soberbio. Si te figuras, Juan Pitou, que se parece á tu aldea, te equivocas: aqui no se come en otra cosa que en oro y plata, no se viste sino con encaje y seda, y cuando uno quiere mudarse de ropa, no tiene mas que entrar en la Casaba, donde se encuentra todo lo que se quiera.»

El ataque del fuerte era la accion mas seria á que Escipion habia asistido, y á pesar de su deseo de acostumbrar á su hijo á los lances de la guerra, Guitarrilla habia consentido en dejarle algo detrás; pero semejante precaucion no agradaba al soldadillo, que con el descuido propio de su edad, y no calculando el peligro, quería verlo todo. Asi, aprovechándose del tumulto que produjo la esplosion del fuerte minado por los árabes, se unió á su padre, gritando que quería entrar en Alger con su regimiento.

Descubierto sobre las alturas por la toma del fuerte del emperador, enteramente bloqueado por la escuadra, Alger no tardó en rendirse y en abrir sus puertas al enemigo. De resultas de aquella capitulacion, tan honrosa para el ejército francés, Escipion, satisfaciendo su deseo, entró en la capital de los estados moriscos con su regimiento, que llevaba á la cabeza la música. La vista de aquella ciudad africana, cuyas blancas casas, cuyos techos en forma de azoteas soportan jardines que se confunden con los que les rodean; el aspecto de aquellas calles estrechas y mal abiertas, en las cuales apenas cabian dos personas de frente, tenia alguna cosa estraña para los soldados franceses, y sobre todo para Escipion, que nunca habia visto otras poblaciones que las hermosas ciudades de Francia. Pero lo que llamaba su atencion mucho mas que las mezquitas, los minaretes y el soberbio panorama que se descubre desde el anfiteatro de Alger, eran los trajes pintorescos de aquella poblacion variada, compuesta de turcos, kolouglis, moros, biscos, negros y judíos de rostro atezado. «Padre, decia á Guitarrilla, ¿por qué son tan negras estas gentes?

—Esto no debe admirarte, respondia Guitarrilla; ellos no tienen la culpa, sino que han venido al mundo en un dia muy nublado; pero no por esto son menos malos.»

Durante su residencia en Alger, Escipion visitó con su padrino el capitan todas las curiosidades de la ciudad; las mezquitas, las tiendas, los cafés, en una palabra, todos los establecimientos indígenas. Pronto se familiarizó con el idioma árabe, tan fácil de aprender; y como al mismo tiempo que satisfacía su curiosidad, hallaba tambien ocasion de estudiar, hizo rápidos progresos. No por eso habia descuidado Guitarrilla la educacion militar de su hijo, antes por el contrario conviniendo en que su propia ignorancia habia perjudicado á sus ascen-

sos, prefería los talentos militares á otra cualquiera instruccion. «Ah! ¿qué es lo que se enseña en los colegios, decia á un soldado bisoño, que ni aún sabes desarmar un fusil? Si por esto llevan tan caro, no hay duda que roban á los padres.»

La residencia en Alger fué pues muy útil para Escipion, que crecia mas y mas, y se iba haciendo un guapo mozo. Ya era él el que llevaba la contabilidad del capitan; ya, y esto al cabo de un año cuando mas de aquella vida activa y ocupada, sabia todo lo que puede saber un sargento. Todavía era un niño; pero ese niño era muy útil por su inteligencia y sagacidad. Una de las grandes dificultades en las relaciones de las tropas francesas con los mercaderes árabes agrupados en sus sombrías y sucias tiendas, era la analogía de sus pesos con los del vendedor, analogía que halló muy pronto Escipion. Era muy engorroso para los conquistadores, sobre todo para los soldados bisoños, saber lo que pesaba el *rotl attari*, que es el peso que con mas frecuencia usaban. Escipion les explicaba al instante que aquel peso equivalia á diez y seis onzas ó una libra de Francia (medio quilógramo); si tenian que tratar en los mercados con los beduinos de la campiña, les hablaban de pesar uno ó muchos *elrotl ghreddari*, y Escipion les explicaba que esa palabrota el *rotl ghreddari*, representaba simplemente el peso de una libra que ellos conocian tan bien.

Cuando los kabilas ó beduinos de la montaña se decidieron á ir á los mercados franceses, fué por otro estilo, pues median por el *rotl el kébir*, y los soldados echaban pestes hasta que Escipion les explicaba que el *rotl el kébir* era el peso de libra y media. En fin, un dia Juan Pitou, el soldado de la compañía de Gritarrilla, volvió furioso en busca del sargento. «Ah! sargento, le dijo con enfado, ¿á qué pais de salvajes hemos venido? Tengo todavía unas cuantas monedas de cien sueldos que me dió mi madre al partir, y como hubiésemos atrapado esta mañana un solazo al volver de la puerta Babazoun, donde nos hallábamos de guardia, quise refrescar ni mas ni menos que mis camaradas, lo cual está permitido, ¿no es verdad, mi sargento?

—«El vino ha sido concedido al hombre para refrescar, respondió sentenciosamente Guitarrilla; pero es preciso refrescar de modo que no se suba á la cabeza.

—No tenga V. cuidado mi sargento; no hay peligro con estos moriscos, que son mas bestias de lo que previene la ordenanza. Fui á casa de un judío que tiene vino, segun me dijeron, y le pedí un trago: ¿sabe V. lo que me respoddió ese ladrón mal blanqueado?

—Te ha dicho que no lo tenia.

—Ah! entonces lo hubiera comprendido; pero me dijo en su algarabía: *khoulle?* ¿nos *khoulle?* ¿rebia *khoulle?* ¿tenin *khoulle?*

Hágame V. el favor de decirme si se puede responder con semejantes tonterías á un hombre que pide vino!... Aunque te rias, tú, señorito Escipion que estás ahí agazapado, te digo que quise pegar al judío, y el capitan que acertó á pasar me ha mandado que diga á V. mi sargento, que tengo veinte y cuatro horas de arresto para que pueda refrescar.

—Dios mio, qué tonto eres, Juan Pitou, dijo Escipion; ¿cómo no has comprendido que ese hombre te preguntaba cuánto vino querías? Si le hubieras pedido un *tenin khoullé*, te habría dado medio cuartillo.

—¿De veras?... mejor hubiera querido ese maldito medio cuartillo que las veinte y cuatro horas de arresto.»

De este modo corría el tiempo muy pronto, y Guitarrilla veía con orgullo que su hijo se hacia un jóven notable, sobre lo cual hablaba muchas veces á Magdalena, quien participaba de la misma satisfaccion. «Mira, mujer, la decia, este muchacho á todos nos dejará atrás, y no se contentará como su padre con los galones de sargento: tal vez algun día tendrás la honra de dar de beber á un coronel que te dirá: «gracias, madre!» Y Magdalena se reía de esas ideas singulares de Guitarrilla, quien continuamente veía á su hijo y discípulo en los grados mas altos de la milicia.

El batallon de Escipion, dejado en Alger por espacio de mucho tiempo, al fin fué llamado para ir á hacer su servicio en los blockhaus que defendian los llanos de la Metidja hasta las primeras puntas del Atlas. Un blockhaus es cosa bastante difícil de explicar á los que nunca lo han visto; sin embargo, como Guitarrilla y su hijo van á pasar algun tiempo en uno de esos blockhaus, bueno es dar su explicacion.

El blockhaus es invencion alemana, y su nombre quiere decir en esta lengua *casa de madera*. El blockhaus tiene muchas formas, y los franceses adoptaron para la expedicion de Alger el de dos pisos para fuego de infantería, que es una casa cuadrada que parece un molino sin aspas, y que termina en un techo de madera. Las paredes de esta especie de ciudadela se componen de tablones fijos por una punta en una larga pieza comun llamada *panèta*, y por la otra en otra pieza longitudinal llamada *sombrero*, reunida á la pieza inmediata por ensambladuras muy sencillas. El piso alto tiene salida por el bajo que sirve de almacen, y en las tablas que forman las paredes se abren troneras por las cuales los defensores del blockhaus hacen fuego al enemigo.

Penétrase desde el piso bajo al alto por un escotillon que se levanta y puede servir para defender los contornos del pié del blockhaus, sea con fusiles, sea con granadas. Cuando todas las piezas de un blockhaus están numeradas, bastan para construir

lo ocho horas de trabajo y treinta y seis hombres ejercitados en semejante faena. Para darle mas fuerza se le coloca por lo regular en el centro de un reducto cuadrado, precedido de un foso, cuyas tierras levantadas forman un parapeto que presentan al enemigo el primer obstáculo antes de llegar al blockhaus.

En una de esas ciudadelas de madera fué donde Escipion y su padre se vieron encerrados casi al pié del Atlas, y expuestos á los golpes de los beduinos de las montañas, los cuales son los mas guerreros é intratables de todo el pais.

Escipion no encontraba allí las curiosidades de Alger. Aislados en aquella barraca de madera, en medio de una soledad inmensa, la única distraccion que podian esperar los soldados franceses, era un ataque de los kabilas, y semejante distraccion casi siempre era mortal; pero Escipion se fastidiaba menos que los demás, porque estudiaba aquel género de defensa tan útil en un pais descubierto, y cuyos nómadas habitantes aparecen para destruir, y se escapan al instante si la tentativa no les sale bien; enemigo á quien no se puede alcanzar sino por sorpresa, y que acude en masa en el momento en que se le supone muy lejos.

¿Qué hacer en un blockhaus, á menos que no se batan? Fastidiarse ó dormir, fatigado por el calor, echar pestes contra los beduinos y provocarlos. Sin embargo, Escipion no perdía el tiempo en inútiles amenazas: habia estudiado las localidades, conocia los medios de comunicacion de los blockhaus con los campos que debian servirles de apoyo; su padrino, hombre instruido y observador, le habia explicado los ardides y el modo de combatir de los árabes; de suerte que entre los determinados pero poco numerosos defensores del blockhaus, Escipion era el mas instruido y capaz de preveer los riesgos que podian amenazarles. Todos eran intrépidos; pero en una guerra como la de Africa el valor que ejecuta ha menester la ciencia que dirige.

Hacia ya algunos dias que Guitarrilla y sus soldados no hacian otra cosa que dormir, limpiar el armamento y hablar. Este reposo empezaba á serles muy pesado, y tenian envidia á sus camaradas que tomaban parte en las expediciones contra los árabes. «Decir, exclamaba el sargento, que yo Guitarrilla he venido á Africa para permanecer encerrado en una barraca de madera, y dormir como una marmota!... Si esto continúa, pido que me hagan intendente militar; á lo menos esto es mas civil.... Oh! oh! dijo el sargento despues de mirar un instante por una rendija de la pared que daba hácia las montañas, dígame V. mi teniente, ¿qué es eso que se vé allá arriba sobre las crestas de los montes? Parecen burnous.

—Tienes razon dijo el oficial, despues de mirar un rato, son árabes; parece que te se va á cumplir tu gusto, y que no permaneceremos aquí como marmotas. Manda que toda la gente se prepare y recibámoslos como merecen.

—No tenga V. cuidado, mi teniente, que voy á disponer la música; pero es preciso no engañarse; la noche avanza, y lo que es esta tarde no nos atacarán: es preciso aguardarlos esta noche, porque estos pícaros son como los gatos, que ven sin luz.»

Todo el mundo se preparó á la defensa, pero sin que nada pudiese indicar al enemigo que habia sido descubierto. Escipion escuchaba con atencion las órdenes que daba el jefe del destacamento, y se proponia tomar parte en la accion que debia darse bien pronto. Luego que el teniente distribuyó sus soldados y les encargó que no hiciesen fuego hasta que estuviera el enemigo muy cerca, mandó á Escipion que vigilase los movimientos de los árabes y le diese parte, mientras él se apostaba con algunos de los soldados cerca de la trampa que sirve para defender la entrada.

«Escipion! dijo Guitarrilla, tú tienes ojos de quince años, y es preciso que te valgas de ellos ahora que la ocasion es magnífica. Aquí se trata de la vida ó de la muerte, con que firme en tu puesto, y coje un fusil, pero no hagas fuego hasta que te lo digan.»

Escipion, envanecido con su importante mision, se colocó en la almena mas elevada, y acechó al enemigo; el teniente se hallaba abajo en medio de su gente, y Guitarrilla estaba colocado de modo que podia servir de intermediario entre Escipion y el teniente.

El momento era solemne: en aquella barraca tan frágil que solo podia deber su fuerza al arrojo de sus quince ó veinte defensores, esperaban con valor y hasta con alegría á enemigos cuyo número ignoraban. Siempre contento cuando se trataba de rechazar al enemigo, Guitarrilla animaba á su gente con estas palabras: «mirad, decia, como cunde la civilizacion; los beduinos han dicho poco mas ó menos lo siguiente: allá abajo, en aquella barraca, se fastidia el padre Guitarrilla con sus buenos amigos, y debemos hacerles una visita amistosa. Y vedlos venir: por lo mismo espero que les hagamos los honores de nuestra casa con la mayor urbanidad: preparad vuestros refrescos, porque no quiero que se diga que la tercera del segundo ha faltado á la política.

—¡Padre! dijo á media voz Escipion desde lo alto de su observatorio, veo que uno se adelanta á lo largo de los matorrales: ¿le apunto?

—¡Espera! mi teniente, está todo dispuesto?

—Sí.

—Si tienes seguridad de darle, haz fuego.»

Y al instante se oyó un tiro.

—«Bravo, dijo Guitarrilla, es un jefe. Bueno, eso le enseñará á venir á disputar en la tercera del segundo.»

Erá, en efecto, un aghá, á quien Escipion acababa de derribar. Bien, muchacho, dijo Guitarrilla, ahora vendrán á buscarlo, y nos portaremos como amigos.»

Lo que habia previsto Guitarrilla no tardó en efectuarse: una masa de caballería é infantería se lanzó contra el blockhaus; pero fueron recibidos con tanto vigor por los quince franceses, que titubearon un momento; vueltos de nuevo á la carga, fueron rechazados por un fuego muy sostenido, y por tiros de fusil raras pero siempre tan bien apuntados, que ni uno solo se perdía.

Llegada la noche, suspendiéronse las hostilidades, y los árabes se retiraron; mas Escipion no dudó que volverían á la carga. Asustado del peligro que iban á correr al día siguiente sus compañeros de blockhaus, buscó un medio de salvarlos, y después de reflexionar, solo y sin pedir consejo á nadie, tomó una determinacion peligrosa, y que exigía sangre fría é intrepidez.

Conocido de todos los soldados del puesto, por la noche pudo ir á visitarlos y á hablar con ellos: en aquel momento tan peligroso, todo el mundo, pensando en su seguridad personal, se ocupaba poco de los demás, y sobre todo de Escipion. Un solo individuo, el valiente Guitarrilla, pensaba en aquel que solo se ocupaba en salvar á sus hermanos, pues conociendo su incapacidad para la defensa del puesto, Escipion habia buscado otro medio de serles útil, y para que saliera bien su plan, se deslizó aquella noche hácia el parapeto, hablando con los centinelas, y dejándoles sucesivamente como para ir en busca de otro.

La noche pasó sin nada notable, y como esperaban un tercer ataque, todos estuvieron ocupados en los preparativos necesarios. Guitarrilla preguntó muchas veces dónde estaba su hijo. «Acabo de verle, respondian los centinelas á quienes acababan de relevar, está allá abajo en el parapeto.»

Al rayar el día se descubrió el blockhaus rodeado de enemigos que habian acudido de todas las alturas y del llano: los árabes ostigaban de cerca el débil recinto donde estaban encerrados los franceses, y sin embargo dudaban en atacarlo abiertamente. El silencio que reinaba en la ciudadela era amenazador, y todos se hallaban en su puesto en esa ansiedad que siempre precede á los acontecimientos formales. Bien pronto los árabes se arrojaron contra el blockhaus lanzando gritos, y los enemigos los dejaron acercar; mas cuando se hallaban á tiro de pistola, una descarga bien dirigida arrojó el desorden en las filas de los árabes, los cuales se retiraron, dejando en el sitio gran número de muertos.

Exasperados con aquella resistencia que no esperaban, los árabes volvieron á la carga con nuevo furor; pero los franceses sostuvieron con igual calma el segundo choque. Intrépidos unos y otros, los árabes recibían nuevos refuerzos, reemplazando sus muertos con sitiadores furiosos: do quiera hallan la muerte, y un fuego mortífero los diezma; si quieren escalar el parapeto, un muro de bayonetas los rechaza, y granadas arrojadas á propósito en sus apiñadas filas, causan en ellas un gran destrozo.

Sin embargo, ya habían quedado fuera de combate muchos de los defensores; Guitarrilla, aunque herido, animaba á los suyos con su ejemplo y sus palabras. «Ea, muchachos, les gritaba, no hay que dormirse; probemos á esos moriscos que su piel, por mas negra que sea, no es mas dura que la nuestra. A tí, Juan Pitou, te toca ese alto que se acerca! Bien, muchacho, con eso podrás decir en la tierra que has demolido un bajá de tres colas que no ha tenido talento para hacértela á tí.»

Ya habia muchas horas que aquel combate duraba con igual encarnizamiento, cuando los árabes, cuyo número se aumentaba por momentos, consiguieron, subiendo sobre los cadáveres, llegar hasta el parapeto, y obligaron á los franceses á encerrarse en el blockhaus. Cada vez se hacia mas crítica la situación de los sitiados; los beduinos, no pudiendo penetrar en la ciudadela, imaginaron un medio que debia reducir á sus contrarios al último extremo; juntaron gran cantidad de yerbas secas y matorrales, y rodeando el blockhaus, le prendieron fuego. El humo penetrando por las troneras, y no hallando salida, ahogaba y cegaba á los franceses, que no encontraban medio de salvacion. Una salida era imposible, porque la trampa era sobrado estrecha para que pudiesen salir muchos hombres á un mismo tiempo, y hubieran sido asesinados sin poder defenderse al bajar la escala que habia sido retirada.

En aquella crítica posición, los franceses resolvieron hacer saltar la barraca antes que rendirse, y Guitarrilla se encargó en reunir las municiones que quedaban, y prenderlas fuego cuando hubiese desaparecido toda esperanza. El soldado hubiera cumplido con orgullo con aquella comision; pero era atroz para un padre! Buscaba á Escipion en medio de la oscuridad, y lo llamaba en alta voz. «¡Pobre hijo, decia, morir tan jóven y de un modo tan cruel!...» Pero nadie le respondia; esclavo de su deber, el infortunado padre no se atrevia á abandonar su puesto, pues su teniente solo á él habia conñado la comision de arrebatarse á los beduinos las cabezas de sus soldados. Un triste silencio, solo interrumpido por los gritos salvajes de los árabes, reinaba en el blockhaus; algunos minutos mas, y Guitarrilla se iba á ver obligado á desempeñar su encargo, sin haber podido siquiera abrazar á su hijo..... De repente estalla un gran tumulto en tor-

no de la ciudadela; los árabes lanzan nuevos gritos, óyese un fuego de fusilería bien sostenido, y resuenan á lo lejos algunos cañonazos: el consuelo, la vida y la esperanza, renacen en el corazón de los soldados franceses ya dispuestos á morir.

A través de las troneras se descubre á los cazadores de África que corren con toda la velocidad de sus caballos, y se arrojan sobre los beduinos, los cuales se replegan en desorden. «Los franceses están ahí, abrid! abrid! grita el teniente, que salga todo el mundo!» Colocada la escala, los franceses se lanzan hácia ella y respiran; las hierbas, los abrojos son arrojados por cima del parapeto, y el enemigo que vé adelantarse á paso de carga una columna de infantería, huye por todas partes, perseguido por los cazadores, y se dirige hácia las montañas.

En el momento en que Guitarrilla reunía á su gente para tomar parte en el combate, Escipion, saltando de la gurupa de un caballo de un cazador, corrió hácia su padre. «Parece que hemos llegado á tiempo, exclama.—¿Cómo, dice Guitarrilla, has sido tú?—Sí, padre, habia visto que no podíamos sostenernos mucho tiempo; necesitábamos socorro indispensablemente, y he ido á buscarle.

—Abrazame, muchacho, has tenido una buena idea; pero por qué no me lo dijiste?

—No tenia tiempo, pues era preciso aprovechar los instantes; si los árabes me descubrian, todo lo habíamos perdido; por otra parte, tenia no poco que andar, y no podia tomar el camino mas corto.»

Esta accion acreditó el temple de alma del Africano, quien habia hecho prueba en aquella circunstancia de perspicacia, valor y destreza, pues tuvo que pasar por en medio de los árabes y burló su vigilancia; si hubiese salido mal su muerte era segura. Así es que cuando volvió al regimiento, fué acogido con entusiasmo y felicitado por todo el mundo; su nombre se puso en la órden del día del ejército, y mas que nunca se habló en el vivac de Escipion el Africano.

Desde aquel día, Escipion fué considerado como un buen soldado, y á no ser por su corta edad hubiera ascendido. Los elogios de sus camaradas, sus jefes y los generales que quisieron verle, no le causaron amor propio. El mas vano con todo esto era el padre Guitarrilla, quien decia: «bien sabia yo que este muchacho iría lejos; pero no creia que seguiría tan pronto las huellas de los jefes de fila.»

No seguiremos á Escipion en todas las marchas, contramarchas y combates en que tomó parte durante algunos años, y en las cuales se distinguió siempre. Luego que lo permitió el reglamento obtuvo los galones, y servía de modelo para todos por su celo en el servicio y su valor en los combates. Una prueba cruel

le estaba reservada lo mismo que á Guitarrilla. En todas las correrías á través de las montañas, en todos los ataques mortíferos del enemigo, Escipion, tan buen hijo como valiente soldado, cuidaba á su vez de su padre y de su madre, la cual arrostraba por seguirlos y socorrerlos en caso de necesidad, las fatigas y los peligros. Se la veía sin cesar, bajo el fuego del enemigo, cuidar á los heridos, consolarlos y animarlos: muchos soldados debieron la vida á sus pronto socorros, y así todos la querían y la bendecían en el regimiento.

Un día, mientras en una accion muy formal cumplía con su peligroso deber, una bala fué á herirla en la rodilla, en el momento en que se hallaba al lado de su marido; la venganza no se hizo de esperar; Escipion que estaba cerca tendió muerto al beduino que huyendo habia hecho fuego, hiriendo á la pobre Magdalena. Por la vez primera Guitarrilla y Escipion dejaron de perseguir al enemigo; por la vez primera se quedaron atrás; pero el aspecto de aquella mujer á quien amaban, herida por el plomo enemigo, habia agotado todas sus fuerzas; no veían otra cosa que á ella, y solo pensaban en los medios de salvarla y aliviar su dolor. Aquellos dos soldados que habian visto sin espanto á tantos camaradas caer á su lado, no tenían ni fuerza ni valor en presencia de su esposa, de su madre que sufría, y que sin embargo procuraba consolarles.

Transportada al hospital de la sangre, Magdalena conservó todo su valor; su marido y su hijo se hallaban junto á ella, y querían saber la opinion del cirujano mayor. Este que, como todos los oficiales del regimiento, quería á la esposa de Guitarrilla, examinó la herida con todo esmero, y declaró saltándosele las lágrimas que la amputacion era indispensable. Esta noticia sumió á Magdalena en la desesperacion, pues prefería la muerte. «No, decía, con una pierna de palo seré una carga para mi pobre Guitarrilla y para mi Escipion: mas vale que muera para restituirles la libertad.

—Mujer, respondia Guitarrilla con voz desgarradora, lo que dices no es razonable.» Luego ajitando ante su rostro, animado con la calentura, un espantamosas hecho de hojas de palma, añadía: «déjate hacer la operacion, Magdalena, pues el señor mayor dice que no hay peligro. ¿Qué le hace tener una pierna de palo? El coronel te quiere mucho, y te conservará siempre en el regimiento. Mira, al salir de aqui, yo ó Escipion, vamos á matar un beduino, le quitaremos el caballo, y harás el servicio muy bien montada, y nos veremos siempre. Una pierna de palo no impide vivir ni marchar; ¿y quién sabe si sacaremos las nuestras de este pais? Lo que te ha sucedido puede sucedernos á nosotros, ¿y en tal caso no nos habias de querer por eso?»

Magdalena se sonreía, y á ambos les estrechaba la mano; Es-

cipion unia sus súplicas á las exhortaciones de su padre, y la pobre mujer titubeaba.

«Escucha, Magdalena, proseguía Guitarrilla, todavía no quería pedir mi retiro, pues bien lo pediré: ya sabes que conozco al gobernador de los inválidos, á cuyas órdenes he servido; te alcanzaré una cantina á la puerta del cuartel, que es un buen bocado. Déjate guiar, y te instalaré allí con mi cruz; y luego hablabaremos de Escipion, y serás muy dichosa cuando sepas sus ascensos.» Y al mismo tiempo que decía lo mejor que se le venia á la boca para animar á Magdalena, el pobre Guitarrilla dejaba caer sobre sus canos bigotes lágrimas como almendras.

No podremos decir si las palabras de Escipion tuvieron mas influencia para con su madre que las promesas de Guitarrilla; pero al fin consintió Magdalena en sufrir la operacion. ¡Ay! sufrió inútilmente, pues á la mañana siguiente ya habia muerto.

HISTORIA SAGRADA.

ELIAS.—ELISEO.

II.

Milagros de Eliseo.—Su muerte.

Eliseo, animado del espíritu del Señor, continuó prediciendo, y con su palabra dulce y persuasiva logró mantener á los pueblos en la ley de Dios. De vez en cuando permitia el Señor que hiciese milagros, á fin de demostrar que siempre iba con él su espíritu.

Un dia se le presentó una infeliz mujer, y le dijo:

«Mi marido, vuestro fiel criado, ha muerto, y un acreedor implacable quiere arrebatarle mis dos hijos para hacerlos esclavos suyos.

—¿Qué quereis que haga? preguntó el profeta.... ¿Pero qué teneis en vuestra casa?

—Ay! solo tengo un poco de aceite.

—Pues bien, id á casa de vuestros vecinos, y pedidles prestado un gran número de vasos que estén vacíos.

«En seguida os volvereis á vuestra casa, y despues de cerrar la puerta, echareis el aceite en esos vasos. Cuando estén llenos, los quitareis.»

Aquella mujer ejecutó las órdenes del hombre de Dios, y fué á darle cuenta de lo que habia pasado.

— «Id, la dijo Eliseo, vended ese aceite, devolved todo lo que debeis á vuestro acreedor, y servios del que quede para ayu-
daros á vivir así como á vuestros hijos.

Otra vez pasaba Eliseo por Sunam, cuando una mujer muy rica lo detuvo en su casa y le dió de comer. Como iba muchas veces á aquel sitio, se alojaba en dicha casa y allí comia.

Aquella mujer dijo á su marido :

«Veo que este hombre es un profeta, un santo; hagámosle pues un cuartito con una cama y algunos muebles, á fin de que pueda habitarlos cuando venga á vernos.»

Habiendo llegado á Sunam Eliseo, descansó en aquel aposento, y entonces dijo á Giezi, su servidor :

«Llamad á esa mujer.»

Luego que estuvo en su presencia, la dijo :

«Me habeis hecho toda clase de servicios, ¿qué quereis que yo haga por vos?»

Como aquella mujer no tenia hijos, el santo varon la prometió qué dentro de un año daría á luz un niño.

Al cabo de ese tiempo tuvo un hijo la mujer sunamita; pero al cabo de algunos años murió, y la pobre madre fué en busca del santo varon, el cual volvió la vida al niño.

Mas tarde, en un tiempo de hambre, alimentó á todos los hijos de los profetas, multiplicando panes. Merced á sus cuidados, Naaman, general del ejército del rey de Siria, sanó de la lepra que le corroia, y este príncipe quiso recompensarle; pero Eliseo rehusó todos los regalos que quisieron hacerle. Giezi, su criado, aceptó al contrario dinero y vestidos, y temiendo la cólera de su amo, mintió para ocultarle la verdad; pero Eliseo descubrió su fraude, y lo despidió cubierto de una lepra espantosa.

El Señor esparció por espacio de mucho tiempo su favor sobre Eliseo, y lo animó con su espíritu. El santo varon predijo una abundancia extraordinaria de los bienes de la tierra, y en seguida anunció la muerte de Benadad y el reinado de Hazael.

Despues de una larga vida llena de virtudes, Eliseo cayó enfermo. Joas, rey de Israel, fué á verle y se puso á llorar diciéndole :

«Padre mio, padre mio, vos sois el carro de Israel y el que le guía.

—Traedme un arco y unas flechas, dijo Eliseo.

Habiéndoselas dado el rey, le dijo el santo varon :

«Poned la mano sobre este arco y abrid la ventana que mira al Oriente. Tirad una flechá: esa es la flecha de la salva-

cion del Señor, la flecha de la salvacion de la Siria, á la cual esterminareis.»

Eliseo murió y fué sepultado. Aquel mismo año unos ladrones de Moab se presentaron en las tierras de Israel, y como algunos de ellos quisiesen enterrar un hombre, arrojaron su cadáver en el sepulcro de Eliseo. Aquel hombre resucitó y se puso en pié.

A LA MUERTE DE UN NIÑO.

Dime, ¡oh tumba solitaria!
Quién en tu seno reposa;
Oye por Dios mi plegaria,
Tú que te alzas silenciosa
Sin inscripcion funeraria.

Ora que el viento no zumba,
Ni el ronco trueno retumba,
Ni estalla el rayo veloz,
Rompe tu silencio, oh tumba,
Y lleve el eco tu voz.

El aura su dulce aliento
Te dará y un blando ruido;
La brisa su tierno acento;
Yo te daré el sentimiento,
Mi corazon su latido.

Y entonces podrás decir,
¡Oh tumba oscura y sombría!
Si la muerte vino á herir
A la perla del Ofir,
La belleza ó la armonía.

¿Es una flor fresca y pura
La que guardas en tu seno,
O ajó tal vez su hermosura
Del vicio la linfa impura,
Manchándola con su cieno?

¿La arrebató en su impiedad
El viento de las pasiones?
¿O murió en la oscuridad,

Sin gozar la claridad
Del sol de las ilusiones?

Acaso será una flor
Por el cierzo respetada,
Que mustia ya y sin color,
Inclinó su frente helada
De los años al rigor.

Quizá su cáliz precioso
Encerró letal veneno;
Quizá reptil ponzoñoso
Corroyó su tallo hermoso
Junto al arroyo sereno.

¿Creció tal vez en la orilla
De pacífica laguna?
¿Fué del prado maravilla?
¿Se alzó modesta y sencilla
En algun vergel su cuna?

¡Ah! sí; que de Cuba hermosa
Nació en la campiña amena,
Y el aura meció amorosa
Aquesa flor deleitosa
De aroma y perfumes llena.

Allí arrullaron su sueño
Pájaros de cien colores,
Y el sol la besó risueño,
Dándola un rostro halagüeño
Y embalsamados olores.

¿Por qué, lirio delicado,
Dejaste la selva umbría?
¿A qué buscar desalado
El soplo del norte helado
Y la tempestad bravía?

¿Por qué ese mundo dejaste
Y su cielo de arrebol?
¿Por qué los mares cruzaste?
¿Por qué, oh lirio, abandonaste
De los trópicos el sol?

Siquiera allí cobijaba

La palma tu bella frente,
La ceiba sombra te daba,
Y la brisa suspiraba
En tus hojas blandamente.

Pero en medio de la mar
¿Qué pudieras, lirio, hallar,
Sino furiosas tormentas,
Y tempestades violentas,
Y del noto el rebramar?

Acaso soñaste un cielo,
Tras las irritadas olas,
De ventura y de consuelo,
Y dejaste el patrio suelo
Por las playas españolas.

Mas al ver su pobre arena,
Sus inmundos cenagales,
Sus campiñas desiguales,
Su tierra de espinos llena,
Y sus récios vendavales;

Tímida flor sin ventura,
De este suelo las congojas
Previendo, en la noche oscura
Doblaste la frente pura,
Ocultándola en las hojas.

Moriste, pero radiante
Brillas allá en el Eden.
¡Oh mi flor! baja un instante;
A bañar mi seno amante
Con tu grata esencia ven.

¡Oh! tu aroma perfumado
Endulzará mis pesares,
Y entonaré enagenado
Tierno canto regalado
En vez de tristes cantares.

TENORIO.